EXTRACTOS DEL LIBRO

“LAS HORAS DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

QUE INSPIRARON LA CANCION:

“TODO LO HE DADO POR TI”

Queridos hermanos, queremos presentarle la canción: “**TODO LO HE DADO POR TI**”, que busca reflexionar en la pasión dolorosa de Jesús y en cómo dio todo por nosotros, hasta su última gota de sangre. Así mismo, es justo que también nosotros nos demos todo por entero a Él.

Esta canción fue inspirada en extractos del libro llamado: “Las horas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”, escrito por la Sierva de Dios Luisa Piccarreta en obediencia a San Annibale Maria di Francia, quien además fue el primero en publicarlo realizando cuatro ediciones.

Cuando éste santo le llevó el libro al papa San Pio X, el papa le dijo a San Annibale Maria: “padre, este libro se debe leer de rodillas, es Jesucristo quien habla”.

Este libro pueden descargarlo en pdf aquí: **DESCARGAR PDF**

Para conocer los grandes beneficios que Jesús prometió a quien medite estas “horas de la pasión”, **DA CLIK AQUÍ**

A continuación copiamos la letra da la Canción, seguida de extractos del libro del cual fue inspirada.

Me encuentro solo y sin compañía
todos me han abandonado
un hijo amado me ha entregado
y aun así su beso no lo he rechazado

Me conducen hasta Pilato
quien me somete a ser flagelado
mis carnes van cayendo a pedazos
se pueden ver mis huesos, estoy todo llagado

CORO
Déjame atarte con las cadenas de mi amor,
no ves que lloran mis ojos y me sangra el corazón (2) por ti.

Soy coronado pero con espinas
soy objetos de burlas y despreciado
me dicen "adivina quién te ha golpeado"
¡Qué dolor yo siento! ¡No soy amado!

Me llevan por caminos pedregosos
me empujan y siento los latigazos
la cruz es pesada y tres veces caigo
y me levanto por ti, porque te amo

CORO
Déjame atarte con las cadenas de mi amor,
no ves que lloran mis ojos y me sangra el corazón (2) por ti.

Me han clavado las manos y pies
tengo el rostro hinchado y ensangretado
y no hay nadie que me lo limpie
ya no parezco un hombre, sino un gusano

Mi corazón lo han traspasado
ya no queda más sangre, toda la he entregado
Ven a mis brazos, que te he salvado
levanta tus ojos, yo siempre te he amado.

Ven a saciar en mi sangre la sed de tantas pasiones
La sed de tantos placeres y de tantas ambiciones
En ella encontrarás el remedio para tus males
/ Aprende del heroísmo de mi amor /

CORO

EXTRACTOS TOMADOS DEL LIBRO “LAS HORAS DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO”

Me encuentro solo y sin compañía todos me han abandonado

« Hijo, ¿estás aquí? Te estaba esperando y ésta era la tristeza que más me oprimía: el completo abandono de todos; y te estaba esperando a ti para hacer que fueras espectador de mis penas y que bebieras junto conmigo el cáliz de las amarguras que mi Padre Celestial me enviará dentro de poco por medio del Ángel; lo tomaremos juntos, poco a poco, porque no será un cáliz de consuelo sino de intensa amargura, y siento la necesidad de que algún alma que verdaderamente me ame beba de él por lo menos alguna gota… Es por eso que te he llamado, para que tú la aceptes y compartas conmigo mis penas y para que me asegures que no me vas a dejar solo en tanto abandono ». (De las 9 a las 10 de la noche)

Un hijo amado me ha entregado y aun así su beso no lo he rechazado

Mas, ¡oh Jesús mío!, ¡qué escena tan conmovedora veo! Al primero que encuentras es al pérfido Judas, que acercándose a ti y echándote los brazos al cuello, te saluda y te besa; y tú, Amor sin confines, no desdeñas el beso de esos labios infernales; es más, lo abrazas y te lo estrechas al Corazón, dándole muestras de renovado amor, queriendo arrancárselo al infierno …

… ¡Ah!, con qué dulzura penetra en mi corazón esa palabra que le dirigiste a Judas:

« Amico, ad quid venisti? ».(Amigo, a qué has venido)

Y me parece que también a mí me diriges esas mismas palabras, pero no llamándome amigo, sino con el dulce nombre de hijo, [diciéndome]: « ¿Ad quid venisti? »; para que así tu puedas escuchar mi respuesta: « Jesús, he venido para amarte ». (De la medianoche a la una de la mañana)

Me conducen hasta Pilato, quien me somete a ser flagelado

Jesús mío, santidad sin igual, ya estás otra vez ante Pilato, quien al verte tan mal reducido y vestido de loco y viendo que tampoco Herodes te ha condenado, se indigna todavía más en contra los judíos, queda convencido de tu inocencia y confirma el no querer condenarte; sin embargo, deseando darle alguna satisfacción a los judíos, y como para aplacar el odio, la furia, la rabia y la sed ardiente que tienen de tu sangre, junto con Barrabás te presenta al pueblo, pero los judíos gritan:

« ¡No queremos libre a Jesús, sino a Barrabás! ».

Entonces, Pilato, ya no sabiendo qué hacer para calmarlos, te condena a la flagelación. (De las ocho a las nueve de la mañana)

Mis carnes van cayendo a pedazos, se pueden ver mis huesos, estoy todo llagado.

Flagelado Jesús mío, tu amor pasa de un exceso a otro. Los verdugos toman las cuerdas y comienzan a azotarte sin piedad, tanto que todo tu santísimo cuerpo, se pone lívido; y es tanta la crueldad y el furor con que te golpean, que ya están cansados… Pero otros dos los sustituyen; agarran unas varas espinosas y te azotan tanto, que de inmediato empieza a salir sangre a torrentes de tu santísimo cuerpo y lo siguen golpeando por todos la dos, abriendo surcos y convirtiéndolo totalmente en una llaga… Pero aún no basta, otros dos continúan y con cadenas de hierro puntiagudas prosiguen la dolorosa carnicería. Bajo los primeros golpes, esas carnes golpeadas y llagadas se abren y se desgarran aún más y a pedazos van cayendo por tierra; los huesos quedan al descubierto y tu sangre diluvia y forma un lago alrededor de la columna…

Déjame atarte con las cadenas de mi amor, ¿no ves que lloran mis ojos y me sangra el corazón?

Jesús: *« Hijo mío, trabajo desde la mañana hasta la noche formando continuas cadenas de amor, para que cuando las almas vengan a mí, encuentren ya preparada mi cadena de amor que las encadenará a mi Corazón. Pero, ¿sabes qué es lo que me hacen? Muchos toman a mal mis cadenas y se liberan de ellas por la fuerza y las rompen, y puesto que estas cadenas están atadas a mi Corazón, yo me siento torturado y deliro; y mientras hacen pedazos mis cadenas, haciendo que todo el trabajo que hago en este sacramento fracase, ellos en cambio buscan las cadenas de las criaturas incluso ante mi presencia, sirviéndose de mí para lograr su intento. Todo esto me causa tanto dolor que me sube la fiebre violentamente al grado que me hace desfallecer y delirar ».*

¡Cuánto te compadezco, oh Jesús! Tu amor se siente extremadamente agobiado, ¡ah!, para consolarte por tu trabajo y para hacer una reparación cuando rompen tus cadenas de amor, te suplico que encadenes mi corazón con todas esas cadenas, para poder ofrecerte por todos mi correspondencia de amor. (De las ocho a las nueve de la noche)

« ¡Ah, hijo mío!, lloremos juntos la suerte de tantas almas consagradas a mí, que por pequeñas pruebas o por incidentes de la vida ya no se preocupan de mí y me dejan solo; por tantas otras almas tímidas y cobardes, que por falta de valor y de confianza me abandonan; por tantos sacerdotes que al no sentir su propio gusto en las cosas santas, en la administración de los sacramentos, no se ocupan de mí; por otros que predican, que celebran o que confiesan por sus propios intereses y su propia gloria, y que mientras parece que están cerca de mí, siempre me dejan solo. ¡Ah, hijo mío!, ¡qué duro es para mí este abandono! No solamente me lloran los ojos, sino que me sangra el Corazón. ¡Ah!, te suplico que repares mi amargo dolor, prometiéndome que nunca me vas a dejar solo ». (De la una a las dos de la mañana)

Soy coronado pero con espinas, soy objetos de burlas y despreciado, me dicen "adivina quién te ha golpeado"

Coronado Jesús mío, tus crueles enemigos hacen que te sientes, te echan encima un trapo viejo de púrpura, toman la corona de espinas, y con furia infernal te la ponen sobre tu adorable cabeza; y con un palo, a base de golpes, hacen que las espinas penetren sobre tu frente y parte de ellas se te clavan hasta en los ojos, en los oídos, en el cráneo y hasta por detrás de la nuca.

Amor mío, ¡qué penas tan desgarradoras e indescriptibles! ¡Cuántas muertes tan crueles sufres! Tu sangre corre sobre tu rostro, de manera que ya no se ve más que sangre; pero bajo esas espinas y esa sangre se puede ver todavía tu rostro santísimo, radiante de dulzura, de paz y de amor. Y los verdugos, queriendo concluir la tragedia, te vendan los ojos, te ponen en la mano una caña como si fuera un cetro y dan inicio a sus burlas. Te saludan cual Rey de los judíos, te golpean la corona, te dan bofetadas y dicen:

« Adivina, ¿quién te ha golpeado? ». (De las nueva a las diez de la mañana)

¡Qué dolor yo siento! ¡No soy amado!

Jesús mío, ¿cómo puede ser posible no amarte? La ternura de tu amor es tanta, que todo corazón debería sentirse obligado a amarte, más sin embargo, no eres amado. (De la medianoche a la una de la mañana)

Me llevan por caminos pedregosos, me empujan y siento los latigazos, la cruz es pesada y tres veces caigo, y me levanto por ti, porque te amo

Pacientísimo Jesús mío, veo que ya das los primeros pasos bajo el peso enorme de la cruz. Uno mis pasos a los tuyos y cuando tú, por la debilidad, desangrado y vacilante, estés por caer, a tu lado estaré yo para sostenerte y pondré mis hombros bajo la cruz para compartir contigo su peso. No me desdeñes, acéptame cual fiel compañero tuyo…

Pero es tanto tu dolor, que sientes que el peso de la cruz te aplasta. Apenas has dado los primeros pasos y ya caes bajo su peso y al caer te golpeas en las piedras, las espinas se clavan todavía más en tu cabeza, mientras que todas tus heridas se te vuelven a abrir y empiezan a sangrar de nuevo; y no teniendo fuerzas para levantarte, tus enemigos, irritados, a puntapiés y a empujones tratan de ponerte de pie… (De las 10 a las 11 de la mañana)

… Y tú, mientras tanto, gimes caído bajo la cruz. Los soldados temen que vayas a morir bajo el peso de tantos tormentos y por la pérdida de tanta sangre; es por eso que a fuerza de latigazos y puntapiés tratan de ponerte de pie a duras penas. De este modo reparas las repetidas caídas en el pecado, los pecados graves cometidos por toda clase de personas y ruegas por los pecadores obstinados, llorando con lágrimas de sangre por su conversión. (De las 10 a las 11 de la mañana)

… Pero tus enemigos, al oírte hablar se ponen furiosos y te jalan de las cuerdas y te empujan con tanta rabia, que te hacen caer y cayendo te golpeas en las piedras; el peso

de la cruz te tortura y tú te sientes morir. Déjame que te sostenga y que proteja con mis manos tu santísimo rostro. Veo que tocas la tierra y estás agonizando en tu propia sangre; pero tus enemigos te quieren poner de pie jalándote de las cuerdas, levantándote por los cabellos, dándote de puntapiés…, pero todo es en vano. ¡Te estás muriendo, oh Jesús mío! ¡Qué pena! ¡Se me rompe el corazón por el dolor! Casi arrastrándote, te llevan al monte Calvario; y mientras te arrastran, siento que reparas por todas las ofensas de las almas consagradas a ti, que te dan tanto peso, que por más que te esfuerzas para levantarte, te resulta imposible… Y así, arrastrado y pisoteado, llegas al Calvario dejando por donde pasas las rojas huellas de tú preciosísima sangre. (De las 10 a las 11 de la mañana)

Me han clavado las manos y pies

Dulce Bien mío, ya te extiendes sobre la cruz, miras a los verdugos, quienes tienen en sus manos los clavos y el martillo que usarán para clavarte, pero los miras con tanto amor y dulzura, que como que los invitas dulcemente a que te crucifiquen de inmediato. Y ellos, aunque con gran repugnancia, te sujetan con ferocidad inhumana la mano derecha, ponen el clavo y a golpes de martillo hacen que salga por el otro lado de la cruz; pero es tanto y tan tremendo el dolor que sufres, ¡oh Jesús mío!, que estás temblando: la luz de tus ojos se eclipsa, tu rostro santísimo se pone lívido y pálido…*(De las once a las doce de la mañana)*

Jesús mío, veo que te colocan un pie sobre el otro y te los atraviesan con un clavo, por añadidura sin punta. ¡Ah!, permíteme que mientras el clavo te atraviesa los pies, te ponga en el pie derecho a todos los sacerdotes para que sean luz de los pueblos, especialmente a quienes no conducen una vida buena y santa; y en tu pie izquierdo déjame poner a todos los pueblos, para que reciban la luz de parte de los sacerdotes, los respeten y les sean obedientes; y que así como te atraviesa los dos pies, traspase a los sacerdotes y a los pueblos, para que unos y otros no puedan separarse de ti. *(De las once a las doce de la mañana)*

Tengo el rostro hinchado y ensangretado, y no hay nadie que me lo limpie

Te veo con las manos atadas por atrás en una columna; los pies inmovilizados y atados; tu santísimo rostro todo golpeado, hinchado y ensangrentado por las terribles bofetadas que has recibido; tus ojos santísimos amoratados, con la mirada cansada y apagada por la vela; tus cabellos todos desordenados; tu santísima persona toda golpeada…; y a todo esto hay que añadir que no puedes hacer nada para ayudarte y limpiarte porque estás atado. Y yo, ¡oh Jesús mío!, llorando y abrazándome a tus pies, digo: ¡Ay, a qué estado te han reducido, oh Jesús mío! (De las cinco a las seis de la mañana).

Ya no parezco un hombre, sino un gusano

Por eso, obsérvame bien y mira cómo he quedado reducido. Si no te mueves a compasión por la mísera humanidad, que te enternezca al menos mi rostro cubierto de salivazos y sangre, amoratado e hinchado por tantas bofetadas y golpes recibidos. ¡Piedad, Padre mío! Yo era el más bello de los hijos de los hombres, y ahora estoy tan

desfigurado que ya no me reconozco, me he convertido en el último de todos los hombres. Por eso, ¡a cualquier precio quiero salvar a la criatura! ».(De las once a las doce de la mañana)

Mi corazón lo han traspasado, ya no queda más sangre, toda la he entregado

Jesús mío, nos has dado la última prueba de tu amor: tu Corazón traspasado. Ya no te queda nada más que hacer por nosotros y ahora ya se están preparando para bajarte de la cruz; y yo, después de haber depositado todo mi ser en ti, salgo fuera y con tus amados discípulos quiero quitar los clavos de tus sacratísimos pies y de tus sagradas manos, y mientras yo te desclavo tú clávame totalmente a ti. (De las tres a las cuatro de la tarde)

Ven a mis brazos, que te he salvado, levanta tus ojos, yo siempre te he amado.

Y no solamente tu voz, sino también tu sangre y tus llagas le gritan a cada corazón después del pecado:

« ¡Ven a mis brazos, que te perdono; y la prueba de mi perdón es el precio de mi sangre! ». (De las doce a la una de la tarde)

« ¡Oh alma, mira cuánto te he amado! ¡Si no quieres tener piedad de ti misma, ten piedad al menos de mi amor! ». (De la una a las dos de la tarde)

Ven a saciar en mi sangre la sed de tantas pasiones, la sed de tantos placeres y de tantas ambiciones. En ella encontrarás el remedio para tus males. Aprende del heroísmo de mi amor.

« Todo aquél que me ama venga a aprender el heroísmo del verdadero amor; venga a apagar en mi sangre la sed de sus pasiones, la sed de tantas ambiciones, de tantas vanidades y placeres, de tanta sensualidad. En mi sangre hallarán el remedio para todos sus males ». (De las ocho a las nueve de la mañana)